

UNA AVENTURA APASIONANTE DE MÁS DE 2.000 AÑOS DE HISTORIA

ENRIC CALPENA

BARCELONA

Una biografía



DESTINO

Enric Calpena

Barcelona

Una biografía

Título original: *Barcelona. Una biografía*

© Enric Calpena Ollé, 2015

© Editorial Planeta, S. A. (2015)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© de la traducción del catalán, Ana Ciurans y Victoria Pradilla

Imágenes del interior: Instituto Municipal de Historia de Barcelona (Archivo Histórico Municipal); Catalogación y Conservación de Monumentos, Diputación Provincial de Barcelona; Julia Beltrán de Heredia y Emili Revilla (MUHBA); Joan García (MUHBA); Archivo Xavier Barral i Altet; F. Carreras Candi, *La ciutat de Barcelona*, Barcelona, 1916; Österreichische Nationalbibliothek; 2C Construcción de la ciudad.

Primera edición: noviembre de 2015

ISBN: 978-84-233-4985-2
Depósito legal: B. 24.462-2015
Impreso por Unigraf
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN: Una historia profundamente humana . . .	11
CAPÍTULO 1: Un parto muy largo	19
CAPÍTULO 2: La Barcino romana	37
CAPÍTULO 3: Los visigodos	79
CAPÍTULO 4: Barshiluna	105
CAPÍTULO 5: La Barcelona carolingia	127
CAPÍTULO 6: Aprendiz de capital	153
CAPÍTULO 7: El gran salto	187
CAPÍTULO 8: La crisis del crecimiento	259
CAPÍTULO 9: De cara al desastre	345
CAPÍTULO 10: De cara a los negocios	457
CAPÍTULO 11: Un despertar convulso	541
CAPÍTULO 12: Una ciudad nueva	661

A vista de pájaro, desde la sierra de Collserola, a quinientos metros de altura, la ciudad de Barcelona recuerda a una alfombra que se extiende desde la montaña hasta el mar. Pero la alfombra de cemento y piedra no es del todo plana. Hacia el norte presenta una sucesión de arrugas, de pequeñas colinas, que acaba mucho antes de que el río Besòs desemboque en el mar. Y frente al mirador, tocando la costa y algo desplazado hacia el sur, se aprecia el peñón de Montjuïc, al que los barceloneses, exagerando un poco, llaman «montaña». Si seguimos desplazando la mirada hacia el sur, la alfombra de edificios se va aclarando a medida que nos acercamos al otro río que enmarca Barcelona, el Llobregat. Vista desde el Tibidabo, se tiene la sensación de que la ciudad ocupa de manera natural este espacio delimitado al norte por el río Besòs, al sur por el Llobregat, al este por el mar Mediterráneo y al oeste por la sierra de Collserola.

Sin embargo, los primeros habitantes de Barcelona percibieron este espacio de manera muy diferente a la de aquellos que hoy en día suben al Tibidabo y, con el ruido de la Atalaya mecánica a sus espaldas, tienen por primera vez una visión completa de la ciudad donde viven.

LOS PRIMEROS BARCELONESES, GENTE MUY LISTA

En la península ibérica los primeros homínidos aparecieron hace unos 450.000 años. Se trataba de unos pocos individuos

agrupados en pequeñas comunidades nómadas que rondaban por regiones muy extensas buscando frutos y tubérculos para recolectar y animales para cazar. Con toda probabilidad, alguno de esos grupos estuvo durante algún tiempo en el territorio que ocupa Barcelona en la actualidad. A pesar de ello, en el espacio donde hoy se asienta la ciudad no queda ninguna huella de esa época, por lo que solo se puede especular. De hecho, los restos de estos primeros homínidos siempre han sido muy escasos, y no solo porque han pasado muchos siglos, sino también porque al ser muy pocos y llevar una vida de pura subsistencia dejaron pocos vestigios tras ellos.

No obstante, Barcelona puede presumir de tener unos vestigios prehistóricos de primer orden. En 1990 se descubrieron restos neolíticos en los alrededores del cuartel de Sant Pau y en el Morrot, en la montaña de Montjuïc. Aunque todos los vestigios presentan interés, estos restos son especialmente cautivadores. En el Morrot, hace alrededor de siete mil años, los primeros barceloneses empezaron a explotar la montaña y a extraer piedra y otros materiales que utilizaron para construir herramientas: puntas de lanza, percutores, cuchillos... Crearon lo que los prehistoriadores denominan «industria lítica», es decir, una cantera con un taller adyacente. La producción de estas herramientas fue muy importante y duró siglos. En las excavaciones realizadas se han hallado más de doce mil fragmentos, algunos en buen estado, lo cual indica que los primeros barceloneses disponían de una industria lo suficientemente importante para comerciar. Al igual que sus coetáneos del yacimiento de variscita —una piedra semipreciosa— en Gavà, los barceloneses del Morrot produjeron mucho más de lo que necesitaban. Debían de ser gente lista, pues con lo que les sobraba obtenían herramientas de piedra, productos y materias primas de otras tierras.

El terreno donde se asentaban era muy confortable. En aquella época, la zona estaba caracterizada por la presencia de marismas y pequeños lagos, así como de torrentes y riachuelos que bajaban de Collserola. A excepción de estas ma-

rismas y de las vías fluviales, el resto del terreno debía de estar cubierto de árboles, un bosque principalmente de robles y encinas, y pinos al otro lado del Llobregat, un paisaje usual en el Mediterráneo. Aunque en la actualidad estos bosques inmensos a ras de mar hayan desaparecido casi por completo a causa de la edificación y la urbanización de la costa, en algunas zonas del Mediterráneo han logrado conservarse bastante bien. La presencia de tantos bosques explica que se hayan encontrado numerosas huellas de los incendios que asolaron el territorio, a menudo de poca extensión, provocados probablemente por el ser humano con intención de crear espacio para las tierras de cultivo. Aunque no sabemos con certeza qué comían los homínidos del Morrot, se supone que más o menos lo mismo que sus vecinos mineros de Gavà, asentados a una distancia de unos quince kilómetros al sur: muchos cereales provenientes de sus cultivos, espárragos y tubérculos, fruta, pescado del mar y de los lagos, moluscos, conejo o liebre, jabalí, ciervo... Y teniendo en cuenta que el proceso de domesticación de los animales ya había empezado, seguramente cerdo, cabra, cordero e incluso puede que buey o pato. No está nada mal.

Pero en el área que ocupa hoy Barcelona no había solamente animales domésticos. En el barrio de Les Corts, concretamente en la plaza de la Concòrdia, una de las más concurridas, se han hallado restos de hipopótamos. Y de elefantes en Horta y en Pedralbes, de caballos en Poble Nou, de tortugas y rinocerontes en Gràcia..., animales que ahora son más propios del parque zoológico de la Ciutadella que de las calles de la ciudad. Resulta increíble que los barceloneses de tiempos remotos convivieran con ellos.

Alrededor del taller de puntas de lanza, percutores y cuchillos de piedra de Montjuïc, se consolidó un asentamiento. Se han hallado sepulcros en la calle de Sant Pau, no muy lejos del Morrot, que atestiguan que aquellos hombres y mujeres tenían una vida espiritual en la cual se observaban ritos funerarios. En estas comunidades, formadas por unas decenas de

individuos como máximo, sus miembros debían de estar unidos por fuertes lazos afectivos. Así pues, la muerte de uno de ellos no era simplemente un hecho cotidiano, sino un duro golpe para la comunidad. En el siglo XXI, dependiendo de la sensibilidad de cada individuo, la muerte de los desconocidos no acostumbra a provocar un gran dolor, somos muchos... Pero en una época en la que no había desconocidos porque era poco habitual conocer a alguien que no fuese directa o indirectamente de la familia, la muerte de un individuo debía de ser impresionante para todos. Fuera quien fuese, sin duda, tenían recuerdos compartidos. Acompañar al difunto, prepararlo para el viaje al más allá, era algo absolutamente necesario para los primeros barceloneses.

Los sepulcros de Sant Pau debían de extenderse mucho más allá de esta calle cercana a Montjuïc. En 2012, durante las obras de reforma de la plaza de la Gardunya, justo detrás del mercado de La Boqueria, se halló la tumba de una mujer adulta colocada en posición fetal. La habían enterrado en una zanja a dos metros de profundidad, junto con una urna funeraria llena de comida. Llevaba una pulsera de variscita, que alguien habría traído de Gavà, y un collar de esteatita del que colgaba un colmillo de jabalí. Quizá los familiares de la mujer habían elegido aquel rincón solitario para enterrarla por alguna razón, pero no era lo acostumbrado. Cabe suponer que debía de haber otras tumbas en los alrededores que no se han encontrado, bien porque el tiempo las ha destruido, bien porque los edificios de la zona han impedido llevar a cabo las excavaciones necesarias para buscarlas. De ser así, se podría establecer la fundación de la ciudad en una época anterior a la que se ha considerado hasta ahora.

LA PLANICIE DE BARCELONA

Además del asentamiento de la cantera de Montjuïc, hubo sin duda, otras presencias humanas en la llanura de Barcelona.

No es necesario ser un experto en arqueología para comprender que la extrema urbanización de la ciudad no ha facilitado la localización de la huella humana. Por otra parte, la presencia de vestigios arqueológicos siempre ha sido una molestia para los constructores, lo que ha contribuido, sin duda, a la desaparición de muchos objetos, ruinas y restos en Barcelona. No obstante, el hecho de que se hayan encontrado algunos, aunque escasos, hace pensar que la presencia de aquellos hombres y mujeres de hace más de siete mil años en el territorio de la futura ciudad fue intensa.

La planicie de Barcelona estaba bien protegida del mal tiempo, la sierra de Collserola la resguardaba de los vientos, Montjuïc ofrecía cuevas y cobijos naturales, tenía agua en abundancia y había comida... Desde luego, no se podía pedir más. Por tanto, no es de extrañar que en ese territorio relativamente amplio, de un centenar de kilómetros cuadrados aproximadamente, los hombres del Neolítico se encontrasen a gusto.

Por otra parte, en una época en la que no había caminos, la ruta habitual para los desplazamientos pasaba, siempre y cuando fuesen accesibles, por los cauces de los ríos y por la costa. En Cataluña, la costa entre Blanes y el Garraf es plana y permite los traslados y las comunicaciones sin grandes dificultades. Además, tiene ríos que la entrecortan y que permiten adentrarse hacia el interior. Pero el territorio posee otra característica que a menudo pasa desapercibida: a pesar de no ser tan extensa como ahora, la planicie de Barcelona era, en cualquier caso, el espacio llano más vasto que había en todo el litoral. Esto comportaba que, de toda la porción de territorio alargado de la costa, fuera el lugar más adecuado para construir un poblado con posibilidades de expansión. No solo disfrutaba de una buena comunicación en dirección norte-sur, sino que también, gracias a los cauces del Llobregat y el Besòs, resultaba fácil adentrarse hacia el interior. Para rematarlo, ambos permitían además, gracias a sus afluentes o al hecho de que se comunicaban con otros ríos y torrentes, superar los

obstáculos costeros al norte y al sur de la planicie. Por todo ello, no es de extrañar que Barcelona se haya convertido en la capital de Cataluña: era el territorio más adecuado para la expansión de sus habitantes.

Con el tiempo, la llanura ha crecido —sigue creciendo—, ganando terreno al mar. Los dos ríos principales, con muchos torrentes que bajan de la montaña, han aportado a lo largo de los siglos tierras y más tierras que han adelantado la línea costera y provocado que el puerto de Barcelona, obstruido a menudo por la arena arrastrada hasta el mar, haya tenido que ser dragado en numerosas ocasiones. Debido a estas circunstancias, los restos del pasado más remoto de la ciudad se encuentran relativamente alejados de la costa actual, a excepción de los que antaño se encontraban en puntos elevados situados cerca del mar: Montjuïc y el monte Tàber, localizado en el actual núcleo duro del poder municipal del país, la plaza de Sant Jaume, y la calle Paradís, detrás de la catedral.

Se han encontrado vestigios prehistóricos en diversos lugares de Barcelona. Quizás el más singular sea el de la colina de Monterols, en la esquina de las calles Muntaner y Copèrnic. En 1917, mientras se construía un edificio, se descubrió una tumba realizada con losas planas que formaban una especie de caja de piedra de ochenta centímetros de largo por sesenta de ancho. Dentro de ella había un barcelonés. Bueno, en realidad algunos de sus huesos y dos hojas de sílex de hace unos cinco mil años. Durante buena parte del siglo xx, esta tumba fue el orgullo de los arqueólogos barceloneses, pero desde sus últimos años, cuando empezaron a llevarse a cabo excavaciones más sistemáticas y se hallaron los yacimientos del Morrot y Sant Pau, la fama de este sepulcro disminuyó.

En la actualidad, mientras se espera la aparición de nuevos descubrimientos a medida que se derrumban otros edificios, se puede afirmar que durante el Neolítico, y probablemente también antes, hubo hombres y mujeres para quienes la tierra de Barcelona fue la suya propia. Los estudiosos de la prehistoria discuten apasionadamente sobre si los cambios

del Neolítico, lo que se conoce como «revolución neolítica», tuvieron su origen en Cataluña y en el País Valenciano de manera natural, al mismo tiempo que en otros pueblos del Mediterráneo, o bien llegaron de fuera gracias a los pueblos nómadas que enseñaron nuevas técnicas a los habitantes de la región. Fuera como fuese y pasara lo que pasase, bien poco debía importarles a los primeros barceloneses. Durante el Neolítico, los poblados convivían con el fenómeno del nomadismo, y por ellos debían de pasar muchos grupos que aprendían de los sedentarios, los cuales, a su vez, se enriquecían con los conocimientos de los que estaban de paso.

LOS LAYETANOS

En cualquier caso, los vestigios neolíticos muestran sociedades donde convivían varios poblados, no muy alejados entre sí, que comerciaban, se relacionaban y, probablemente, se peleaban cuando lo creían oportuno. Con el tiempo, sin que se produjera necesariamente ningún suceso extraordinario, se observa que algunas de estas poblaciones mantenían unas relaciones tan estrechas y duraderas que las llevaron a convertirse en un solo pueblo o, como mínimo, en una sola cultura. Este proceso tuvo lugar en muchos lugares de la península ibérica y de lo que ahora se denomina el Midi y el sur de Francia. La sociedad neolítica se había vuelto demasiado complicada para seguir siendo esa especie de Arcadia idílica que ha ofrecido el imaginario cinematográfico. Ya han aparecido las armas de bronce, el cultivo de la tierra ha dejado de ser una novedad, la cerámica se produce más en serie y las redes comerciales, que alcanzan cientos de kilómetros, se han consolidado notablemente. En definitiva, se trata de otra sociedad, que produce muchos más alimentos y, en consecuencia, puede alimentar a muchos más individuos. Estos grupos de población más numerosos se irán acostumbrando poco a poco a vivir en un lugar determinado. Los nómadas que sub-

sisten de la caza y de la recolección han dejado paso a los agricultores y a los ganaderos. De la gente del Neolítico se había pasado a los íberos.

¡Qué extraño habría sonado el nombre «íbero» a aquella gente si hubiera llegado a oírlo! Nadie se llamaba así y nadie se reconocía con este apelativo, pues se lo otorgaron, muchos siglos después de su aparición, unos visitantes muy especiales, los romanos, a partir del nombre que le dieron al río que ahora conocemos como Ebro: Hiberus. Así pues, ¿quiénes eran los íberos? Respuesta: los que vivían cerca del río Hiberus. Como puede apreciarse, la geografía no era una disciplina que los romanos dominaran, porque acabaron por considerar íberos a todos los que vivían en el territorio de la península ibérica, incluidas las regiones que estaban muy alejadas del Ebro.

Por otra parte, es usual afirmar que los íberos «aparecieron», mientras que, de hecho, como ya se ha señalado, no se desplazaron desde parte alguna, sino que ya estaban allí. Sencillamente, eran los habitantes de aquellos territorios y empezaron a construir lazos e instituciones que a menudo afectaban a más de una población. Además, es probable que también se produjese cierta inmigración procedente del sur de la península, que aportó algunas características culturales a los íberos catalanes. No queda muy claro cómo se organizaron los hombres y las mujeres del Neolítico, si entre ellos había un grupo que mandaba sobre los demás o si disponían de una especie de Iglesia jerarquizada, aunque se sospecha que sí. Pero es indudable que entre ellos existía una aristocracia, unos grupos familiares que ejercían el poder sobre los demás y que, fuera o no del agrado de todos, se quedaban con parte del fruto del trabajo de los demás habitantes del lugar. De los íberos, cuya presencia se registra durante quinientos años, desde el siglo VI al I a. C., se sabe bastante, pero a la vez muy poco. Al no ser tan desconocidos y misteriosos como para alimentar leyendas, han sido relegados a un cierto olvido. Y todo ello se debe a una carencia más bien curiosa: aún no se

ha descifrado su lengua, aunque se sabe perfectamente cómo sonaba. De los diferentes tipos de alfabeto utilizados por los íberos, el que se usaba en Cataluña permite reconocer sus signos y, por lo tanto, leerlo. Lo que ocurre es que no se entiende nada de nada, solo algunas palabras sueltas que los romanos y los griegos incorporaron en determinados lugares del territorio. Todavía no se ha hallado, quizá porque no existe, algún tipo de piedra de Rosetta que nos permita traducir su idioma. Es una lástima, porque un descubrimiento de esta envergadura produciría un gran entusiasmo por saber cómo era la vida de aquella gente, que todavía desconocemos.

Los íberos que vivían en Barcelona eran los layetanos. Así se les llama desde que los romanos los bautizaron con ese nombre, aunque, en verdad, no se lo inventaran de sana planta. En el siglo II a. C., cuando Roma ya controlaba más o menos el territorio, se acuñaron algunas monedas íberas con la inscripción *Laiesken*, origen de la palabra *Laietania*. Por lo tanto, al menos al final de su existencia como pueblo, ellos mismos se denominaban «layetanos», tal y como los conocemos. El nombre puede tener numerosas procedencias, pero es posible que se refiriera a una de sus poblaciones más importantes, llamada Laie, que estaría situada en la montaña de Montjuïc. En ese poblado, del que no se han hallado vestigios, debía de confluir todo el comercio de Laietania, cuya superficie era muy amplia: aproximadamente desde Blanes, al principio de la Costa Brava, hasta la desembocadura del Llobregat y, por el interior, debía de extenderse más allá de Terrassa, a unos veinticinco kilómetros de Barcelona en línea recta.

Laie sería el origen, o puede que el nombre primitivo, de otro poblado más importante: Barkeno. Y con Barkeno no se bromea. En 1990 unas excavaciones encontraron veintinueve silos enormes en la montaña de Montjuïc, los más grandes del noroeste peninsular. Tanto su considerable número como sus grandes dimensiones indican que Barkeno era una aldea que podía considerarse más o menos grande, o bien tenía una actividad comercial de exportación e importación muy signifi-

cativa. O quizás ambas cosas. Lo cierto es que los arqueólogos barceloneses tienen las mismas dificultades en Montjuïc que en el resto de la ciudad: la densidad de edificios y de infraestructuras dificultan el desarrollo de las excavaciones y el hallazgo de restos. Pero cuando se les presenta la ocasión de excavar en la montaña, a menudo encuentran vestigios del pasado. Durante las excavaciones en las que se hallaron los silos, también se encontró un muro de un metro de anchura que, probablemente, formaba parte del poblado ibérico. Y eso no es todo, los restos revelaron cosas aún más interesantes. Los arqueólogos encontraron indicios de que mucho antes de la invasión romana, en 218 a. C., se había instalado al lado del poblado ibérico de Barkeno, en Montjuïc, una especie de delegación comercial romana. El hecho ofrece una perspectiva muy diferente de la que se ha tenido durante mucho tiempo acerca de cómo entraron en contacto los romanos y los íberos.

La imagen que nos hemos forjado de los pueblos de la Antigüedad, es decir, que sus actividades principales eran la guerra y la religión, no parece encajar con la realidad que ofrecen los restos arqueológicos. Es innegable que entre estos hay armas y vasijas rituales, pero en la mayoría de las ocasiones revelan elementos de la vida cotidiana o se trata de piezas relacionadas con el comercio. Comer, reír, hacer vida comunitaria, labrar la tierra, cuidar de los animales, vender lo que sobra para comprar otras cosas... Esa era la vida de los íberos y, por lo que parece, de la mayor parte de los diversos pueblos de aquella época, pocos siglos antes de Cristo. Al igual que ahora, el grado de sofisticación de los pueblos del Mediterráneo sería muy diferente. Mientras que los egipcios ya disponían de unas estructuras administrativas y sociales de primer orden desde hacía siglos, otros pueblos contemporáneos tendrían un nivel de desarrollo parecido al de los íberos. También existían sociedades como las de las polis griegas, o las sociedades fenicias, especialmente avanzadas en algunos aspectos, como el comercio, por ejemplo. Los fenicios y los griegos llegarán a lo largo de los años a las costas catalanas y manten-

drán un contacto más o menos permanente con los layetanos de Barkeno.

Pero los historiadores tampoco se ponen de acuerdo en este punto. Para algunos, Emporion, la colonia griega situada al norte de la Costa Brava, al lado de L'Escala actual, tuvo una enorme relevancia. Para otros, en cambio, los fenicios preferían Barkeno, quizá los que venían de Ebusus, la actual Ibiza, o simplemente los comerciantes cartagineses. Ya fueran griegos o fenicios, o incluso los primeros romanos, lo cierto es que Barkeno era una ciudad completamente dedicada al comercio. A los pies de la montaña de Montjuïc tuvo que existir un puerto o algún lugar habilitado para que los barcos que llegaban pudiesen llevar a cabo las maniobras de carga y descarga de las mercancías con comodidad y resguardados del mal tiempo. Curiosamente, o no, es el mismo lugar que hoy en día ocupa el puerto comercial de Barcelona.

Barkeno fue una de las urbes más importantes de Laietania. Quizá resulte excesivo hablar de capital, entre otras cosas porque tampoco está muy claro que la organización de los íberos previese una estructura administrativa centralizada. Además, otras poblaciones layetanas en las que sí se han hallado restos importantes eran lo suficientemente grandes como para optar al título honorífico de primera ciudad. La más destacada era Burriac, cerca de la actual población de Cabrera de Mar, a unos treinta kilómetros al norte de Barcelona. Tampoco hay que menospreciar el poblado de Puig Castellar, en Santa Coloma de Gramenet, a poca distancia del centro de Barcelona, cuyos restos se pueden visitar para hacerse una idea de lo que significaba vivir en una colina bien fortificada y defendida cerca del mar. O Mas Boscà, en Badalona, que también está situado sobre una colina y fortificado. De hecho, hasta la fecha se han encontrado una veintena de poblados en Barcelona y sus alrededores.

Ahora bien, el hecho de que los layetanos construyeran tantas edificaciones sobre colinas con sólidas defensas hace reflexionar. Nadie invierte tiempo y trabajo alzando murallas

si no tiene quien le ataque. Y aunque en tiempos de los íberos había lobos en la sierra del litoral de Barcelona, no parece que estas defensas tan importantes se construyeran para ahorrarse algún mordisco. Más bien hay que sospechar que quienes mordían a los layetanos eran tan humanos como ellos. Pero ¿por qué debían defenderse? Pues, muy probablemente, porque en aquella época poseer viñedos, cosechas y mercancías para comerciar no estaba al alcance de todo el mundo. Es muy posible que hubiera cuadrillas de hombres y mujeres que recorrían el territorio en búsqueda de oportunidades, algunas pacíficas y otras no. Además, cuando en alguna zona había escasez, la tentación de ir a ver qué se podía encontrar a unas horas de marcha debía de ser muy fuerte. Tampoco se pueden olvidar la aparición de los mercaderes extranjeros que llegaban en barco, los cuales no serían unos santos precisamente, o las expediciones procedentes de lugares lejanos a la caza de botines, que podían llegar por tierra desde cualquier dirección.

También hay teorías que nos ofrecen una visión más pacífica de los layetanos. Según algunos arqueólogos, el hecho de que las poblaciones íberas layetanas estén casi siempre colocadas sobre una colina no significa que los íberos fueran paranoicos o estuvieran constantemente en guerra. Significa que estaban allí simplemente porque los poblados ibéricos se formaron en los mismos lugares donde antes había poblados neolíticos. Y la gente del Neolítico sí tenía necesidad de defenderse. Los íberos no hicieron más que quedarse en los lugares donde se había vivido tradicionalmente en aquel territorio.

Los libros de historia, que acostumbran a contar los siglos como si fuesen calderilla, no suelen poner énfasis en el hecho de que, cuando se habla de una civilización o de un pueblo, raramente se hace referencia a un periodo concreto, sino a un largo proceso de una sociedad en evolución. Parece como si una cultura permaneciese inmutable hasta su desaparición. No hace falta ser un experto para darse cuenta de que no puede ser así. Las civilizaciones y los pueblos cambian con el paso del tiempo. Cierto es que la aceleración de los últimos

dos o tres siglos induce a pensar que todas las culturas anteriores eran estáticas, pero no es verdad. Los íberos, los layetanos, existieron desde el siglo VI a. C. hasta el I a. C. A lo largo de quinientos años se sucedieron, sin duda, episodios de todas clases, y no hay que dar por sentado que lo válido para los primeros años también lo fuera para los sucesivos. Seguro, por ejemplo, que hubo episodios violentos, aunque no haya quedado ninguna constancia arqueológica de ellos.

¿Cómo vivían los íberos prebarceloneses? Podemos imaginar que, más o menos, como sus coetáneos de la Grecia clásica. Quizá fueran un poco menos sofisticados en algunos aspectos, pero su vida cotidiana era muy parecida. Al igual que los griegos —y los etruscos, los cartagineses o los fenicios contemporáneos—, los íberos sabían forjar y construían armas de metal y utensilios para labrar la tierra, sabían escribir y acuñaron moneda, aunque eso sucediese en la fase final de su civilización. No se trata, por tanto, de ninguna especie de hombre primitivo, y prueba de ello es el sofisticado armamento que construyeron: desde lanzas, mallas de hierro, cascos con penacho y sólidos escudos alargados hasta arneses y espadas, la mayoría largas y pesadas. Otros íberos fronterizos utilizaban habitualmente la espada corta de doble filo, tan temida por los romanos que acabaron adoptándola como propia para equipar a sus legiones. Los romanos, que combatieron ferozmente con los íberos, admiraban su destreza con las armas y los contrataron a menudo como mercenarios en sus ejércitos. Los íberos sabían combatir en formación, eran valientes y despreciaban el peligro.

El armamento de los layetanos no es una cuestión menor. El tipo de escudo y las medidas defensivas que adoptaban inducen a considerar que estaban muy bien organizados. De hecho, cuando los romanos tuvieron que luchar con ellos, les sorprendió que no huyeran, como solía pasar con otros indígenas del otro lado de los Alpes, en el norte de Italia. Los íberos aguantaban las acometidas de las legiones romanas en formación, y procuraban mantener un cierto orden y discipli-

na incluso en las derrotas. Gracias a su pericia castrense y cultural, muchos hispanos o íberos romanizados formaron parte de la guardia personal del emperador, si bien, todo sea dicho, en una época en que la vida de este tampoco estaba muy cotizada.

El pueblo íbero, y concretamente los layetanos, siguen estando hoy en día sumergidos en una especie de niebla histórica. Forman parte de lo que los historiadores denominan, no sin cierta pedantería, «la protohistoria», es decir, la historia de los pueblos contada por terceros. En definitiva, al no entender su idioma, es necesario fiarse de lo que cuentan de ellos los romanos y, en menor medida, los griegos. La visión de quien fue su enemigo y, en el mejor de los casos, acabó dominándolos no parece ser la más imparcial. Pero no hay otra, exceptuando las fuentes arqueológicas, que siempre son demasiado concretas y no proporcionan muchas explicaciones. De este modo, se desconoce si la vida en la planicie de Barcelona fue dura o, por el contrario, maravillosa para los layetanos; si Barkeno existió a los pies del monte Tàber o si fue simplemente una extensión de Laie a los pies de la montaña de Montjuïc; si para los layetanos aquella veintena de poblados de la planicie formaban parte de una única comunidad o eran más bien pueblos mal avenidos. Todo esto se ignora, pero no cabe duda de que los habitantes de Barkeno, como les sucede a los barceloneses actuales, debían de tener una apasionada relación de amor y odio con su ciudad. La prueba de ello se encuentra en la inscripción de unas monedas que demuestran que esos íberos se sentían identificados con la urbe. Hay, o, mejor dicho, había, dos monedas antiguas con la inscripción *Barkeno*. Hoy en día solo sabemos dónde está una de ellas: en el Museo Nacional de Dinamarca, en Copenhague. La compró un coleccionista danés a un anticuario de París en 1847 y acabó en una vitrina del museo. La otra había permanecido en Barcelona, pero desapareció junto con otras monedas antiguas del Museu Nacional d'Art de Catalunya (MNAC) durante el caótico inicio de la guerra civil en 1936, y no se ha vuelto a

saber de ella. La colección del Gabinet Numismàtic fue empaquetada y enviada a Francia, pero precisamente el paquete que contenía la moneda ibérica se perdió.

Los arqueólogos más pesimistas de las universidades catalanas están convencidos de que la moneda, que era de plata, fue vendida o fundida y no se la volverá a ver. En cambio, la facción más optimista del gremio de arqueología catalana está convencida de que, tarde o temprano, el dracma de plata con la inscripción *Barkeno* aparecerá y volverá al museo. Si se tiene en cuenta que, durante la guerra civil, buena parte de las monedas que se conservaban en España y en Cataluña fueron malvendidas para sufragar el exilio, en pocos casos dorado, no parece haber grandes esperanzas de que la moneda vuelva un día a la ciudad.

Mientras los layetanos acuñaban dracmas imitando a sus vecinos griegos de Emporion, otros visitantes empezaban a ocupar el territorio sin hacer mucho ruido, al menos al principio. Se trataba de los romanos.